

La calle para el viernes 1 de abril de 2011

Diario de un espectador

Tribulaciones faranduleras

Miguel ángel granados chapa

Dedicamos esta semana el espacio de nuestra columna a hablar, admirativamente, devotamente, de Jessye Norman. Concluimos hoy relatando las dificultades —verdaderas peripecias, tribulaciones en realidad— que debimos vencer para llegar el sábado pasado a escuchar a la formidable soprano en el palacio de Bellas Artes.

Contábamos, por suerte, con tiempo suficiente, y hasta nos veíamos deambulando por la sala remozada, que hasta esa fecha no habíamos visitado, antes de que comenzara la función. De esa manera nos daríamos una idea de los argumentos esgrimidos en pro y en contra de la reconstrucción tan polémica. Pero no contábamos con las bicicletas de Marcelo Ebrard, como nos dijo un agente de policía al que increpamos porque había cerrado la circulación por avenida Juárez.

Puesto que transitábamos por Paseo de la Reforma, supusimos que el inesperado obstáculo que nos impedía acceder a los estacionamientos próximos al recinto, incluido el propio del Palacio, era superable continuando por la calle lateral, a fin de torcer a la derecha en la avenida Hidalgo. Pero he aquí que también reinaba allí la bicicleta. Nos indignamos por la insensatez y la insensibilidad de las autoridades de vialidad que cancelan el paso en dos de los accesos posibles. Sólo estaba disponible el Eje Central, pero a esas alturas era ya impensable llegar por allí.

De modo que continuamos por la lateral, después de cruzar la avenida Hidalgo, a un costado del hotel de Cortés, y llegamos a Valerio Trujado, una breve avenida con camellón central que conecta Reforma con la Alameda. Pero no era posible tampoco librar ese obstáculo, de modo que nos quedaba una alternativa, o recorrer Pensador Mexicano o Pedro Moreno (por el rumbo donde existió el Salón México en cualquiera de sus dos épocas) para ganar de ese modo Donceles o República de Cuba. En cada una de esas calles hay un estacionamiento no lejos del Eje Central, aunque uno y otro no están próximos a la meta donde nos aguardaba el disfrute musical.

Semanas atrás, camino a la Feria internacional del libro del Palacio de Minería, guardamos el automóvil en el estacionamiento de Donceles. Pero sólo pudimos hacerlo después de una larga espera y un caminar tortuoso. Decidimos, por lo tanto, evitar ese camino, y buscamos la ruta hacia Cuba. Nos resultó, como se decía en los pueblos antaño, “junto con pegado”, es decir no ganamos mucho, y debimos caminar más. Nos amagaba, por si fuera poco, una lluvia que finalmente nos respetó, pues cayó mientras oíamos a Gershwin, Bernstein, Hammerstein, etcétera.

Nuestras desventuras callejeras se intensificaron unos días después. Estábamos invitados a develar la placa por el fin de la temporada de *Los insensatos*, una estremecedora obra de David, que cada día refina sus artes de teatrista, ya sea como dramaturgo o como director. Supusimos que en sesenta minutos recorreríamos el trayecto de Tecamachalco a la colonia Juárez, a la calle de Milán, al teatro de ese nombre.

De pronto, ya cerca del cruce de Reforma y el Anillo Periférico la circulación se congeló. Incurrimos en pecado de impaciencia, que suele ser castigado con mayores embrollos. En vez de que los atajos que supusimos útiles nos aligeraran el paso, ocurrió lo contrario. Demasiado tarde descubrimos que el concierto de Plácido Domingo por sus 70 años, en el auditorio, había convocado a sus *fans* y enredado al resto.